



## Expresiones culturales y etnobiología en Guatemala. Nuevas consideraciones teóricas

Luis Villar Anleu\*



### PRESENTACIÓN

Este trabajo tiene la pretensión de constituir un aporte crítico a la ilustración de las relaciones del hombre con su entorno. Será, sin duda, una contribución polémica porque, preparada desde la perspectiva de un biólogo, es la visión de un naturalista que no oculta la existencia de rasgos de animalidad en el comportamiento humano del mismo modo que entiende que los demás seres vivos también forman sociedades. Los botánicos hablan de sociedades vegetales y las describen con la misma facilidad con la que los zoólogos describen sociedades animales.

Es el caso que, en el mundo actual de especializaciones académicas, los más sabios resultan ser quienes llegan a saber mucho de casi nada. Pero los científicos así preparados, atrincherados en sus disciplinas,

no pueden equivocarse algunos de los principios que fundamentan sus razonamientos, menos si lo hacen para el público. Un buen ensayo, un aporte a las ciencias por demás brillante, puede debilitarse si acude con ligereza a temas ajenos a su especialidad. Notables concepciones vienen a menos por tales aplicaciones inapropiadas.

Si al presente ensayo no le sucede lo mismo, su propósito será lograr una reflexión difundida del valor de la interdisciplinariedad. No de la concepción del trabajo interdisciplinario como una simple sumatoria de trabajos individuales en un producto único, sino como la unión de mentes, de criterios, de pensamientos en fin, en un afán de alcanzar la mayor perfección posible en tal producto.

El campo de discusión del trabajo consta de dos elementos relevantes: los patrones culturales de las sociedades humanas y el ámbito ecológico en el que estas se inscriben. Si bien puede hablarse de una ecología humana o de una sociología ecológica, todavía hace falta algo para lograr sincretismo entre ambos dominios.

### CULTURA Y NATURALEZA

Advertimos las dificultades que surgen cuando se intenta definir el término cultura. Sin autoridad para hacerlo, sin adhesión a



\* Profesor Titular de la Universidad de San Carlos. Investigador en el área de zoología en el Centro de Datos para la Conservación, Centro de Estudios Conservacionistas.

corriente epistemológica alguna, y sin duda con escaso o ningún conocimiento de causa, el abordaje de esta cuestión se vuelve aquí punto menos que imposible. A lo mejor interpretando a Levi-Strauss<sup>11</sup>, cuando señala que "los grupos humanos poseen una identidad que les es propia y que transmiten como conjunto de valores y tradiciones a las generaciones futuras", pueda intuirse la esencia de la cultura.

Hay en esta concepción dos dimensiones clave: la existencia de un sujeto cultural, el grupo humano, y la idea de transmisión, que de hecho presupone la atomización del sujeto y la temporalidad del proceso (sólo puede transmitirse de un emisor a un receptor y ello requiere tiempo). Por eso algunos han señalado que cada fenómeno cultural supone un proceso histórico que lo determina y define<sup>10</sup>. En el proceso histórico, los valores y tradiciones portan en sí mismas la identidad cultural.

No se adivina todavía en donde está, o cómo es, el mecanismo que permite acopiar valores y tradiciones. Tal cuestión es un factor fundamental en el ensayo que estamos ofreciendo, porque no podemos presuponer que los grupos humanos "nacen" con un conjunto de ellos perfectamente definido. Si fuera así, la evolución cultural sería imposible. El descubrimiento, incorporación y fijación de valores y tradiciones deben preceder a su transmisión.

Es imposible dejar de reconocer que un patrón cultural es identificable en tanto define sus propias formas de expresión. Y no hay manera en que un grupo humano se exprese si no es mediante determinadas conductas. Pensadores que han hecho del

simbolismo el núcleo de las sociedades humanas dicen que el símbolo es la unidad básica de toda conducta, un "algo" tangible o intangible cuyo valor y significado le es adjudicado por quien lo usa. Es de lamentar que esto haya llevado a algunos a afirmar que toda conducta humana se origina en el uso de los símbolos siendo estos los que transformaron a los antropoides en humanos, posición de muy dudosa validez.

Frente a la formidable imposibilidad de poder definir con precisión la cultura (imposibilidad compartida con las definiciones de vida, belleza, amor), puede resultar de utilidad la intuitiva idea que la mayor parte de nosotros tenemos de ella como el conjunto de costumbres, virtudes, disposiciones y habilidades de un grupo humano para hacer alguna cosa en una época determinada. Ello representa una forma de sabiduría popular, derivada de haber ejercitado el hombre su entendimiento en cultivar los conocimientos adquiridos.

Es más fácil identificar las expresiones culturales de un conglomerado como proyección de su cultura e intentar comprenderla en función de ellas. De esa cuenta una cultura será más o menos diferente a otra en tanto sus expresiones culturales sean cualitativa y cuantitativamente más o menos disímiles. Algunas expresiones pueden ser el compartimiento de un mismo conjunto de valores, la existencia de identificantes hacia manifestaciones y representaciones colectivas propias, formas de comunicación e interacción que marcan pautas características del lenguaje oral y gestual, modismos, ritos, ceremonias, sentido de jerarquía social, vínculos familiares y

grupales, resguardo de costumbres, interacción con el entorno natural, etc.

El *sumum* argumental de que hay una íntima relación entre los patrones culturales de las sociedades humanas y el ámbito ecológico en el que se inscriben, es más fácil de ver si se describe sobre la base de las expresiones culturales. Ojalá tal posición sea válida.

#### HACIA LA ETNOBIOLOGÍA

Una vieja controversia, aparentemente sin solución, tiene de protagonistas a los humanos y a multitud de elementos de la Naturaleza. Desarrolla el conflicto conceptual praxis-presencia, uso humano y existencia en el entorno. Enlaza el utilitarismo con la disponibilidad, descubrimiento y accesibilidad de los bienes de la Naturaleza que pueden servir de satisfactores en la ejecución de actos acordes a ciertos estilos de vida. Alcanza el nudo de la conflictiva madeja: ¿los patrones culturales humanos se han forjado por la sumatoria de costumbres en el uso de bienes naturales tomados de su entorno o, según la vía opuesta, un modelo cultural intrínseco a la humanidad define los bienes de la Naturaleza que serán usados en su beneficio? ¿El ambiente ha definido el carácter de los grupos humanos o éstos han moldeado sus ecosistemas?

Como intento de estandarizar el lenguaje, por bienes de la Naturaleza, aquí, debemos comprender a la infinita gama de seres vivos que integra la parte biótica de los ecosistemas (microbios, algas, hongos, plantas y animales, en representación de los cinco reinos biológicos), pero también

incluye a las diversas series de elementos inanimados que hacen la parte abiótica (rocas, minerales, hidrocarburos, agua, suelo, compuestos orgánicos mineralizados por fosilización, etc.). También son bienes de la Naturaleza los intrincados procesos ecológicos esenciales resultado de la interacción de mecanismos globales: lluvia, viento, luminosidad, radiación solar, ciclo del agua, ciclo de nutrientes, ciclo de las rocas, flujos de genes silvestres.

Tales bienes alcanzaron a satisfacer la necesidad humana de llamarles, según su propia óptica, con el nombre de recursos naturales. Llegaron éstos a definirse como "los elementos naturales que actual o potencialmente son usados por el hombre". Nos resulta una definición injusta, pues ve a la Naturaleza sólo como el inagotable almacén que provee elementos de valor económico, utilitario o que pueden tomarse a discreción porque están por debajo del hombre en el ordenamiento espontáneo de la biosfera (antropocentrismo). Para muchos es una posición válida, para otros no.

Como sea, el hecho es que el hombre los toma para permitir su pervivencia. A partir de esto es que surgen las vinculaciones de la humanidad con su entorno. Unos grupos humanos más que otros. Podemos ahora decirlo de otra manera: la cultura de algunos pueblos se acerca a la Naturaleza, el de otros al desarrollo tecnológico. Dentro de la casi infinita gama de posibilidades ubicada entre estos dos extremos, la riqueza de expresiones culturales resulta una imagen vívida del estilo social incorporado.

Puesto que uno de los descriptores de la cultura de un pueblo es la época que

consideramos en su indagación, resulta innegable que la cultura agrícola y ganadera, la acelerada ocupación del espacio o el saqueo de la Naturaleza, tal y como ocurren en la actualidad, la han transformado de manera irreversible e intensamente. Esto daría pie para retomar la segunda vía en el conflicto planteado arriba: el patrón cultural impone la selección de los bienes naturales tomados y modifica el entorno.

No obstante, tal cuestión sólo nos lleva a perder de vista el asunto total: cuando el hombre descubre qué de la Naturaleza le sirve, lo toma de ella, lo incorpora a sus necesidades, el uso se vuelve costumbre, lo integra a su cosmos de simbologías y por ello se identifica con tal "valor natural", entonces el vínculo hombre-Naturaleza se afirma. No es difícil imaginar que de aquí a surgir un solemne y no escrito respeto hacia los bienes naturales resulta de profunda espontaneidad.

Al estudio de la composición y características de dicho vínculo es a lo que se llama etnobiología. El uso de la expresión ha consolidado su existencia, y si bien pareciera dejar fuera a los elementos abióticos del sistema y a los procesos ecológicos, ciertamente los engloba totalmente. Es probable que, como jerarquía teórica, responda a la especialización del pensamiento académico, pero en todo caso es una materia de enorme utilidad descriptiva. Por vasta ya le han aparecido disciplinas auxiliares, como etnobotánica, etnozoológica, etnomicología y etnomedicina tradicional.

A tal complejidad han ido derivando sus materias de estudio que, como equivalencia

a lo discutido con anterioridad, poco probable es que un etnobotánico se atreva a hablar de primeras a primeras de etnozoológica, o éste de etnomedicina tradicional. Sin embargo, la necesidad de profundizar en sus contenidos enriquece notablemente la comprensión y valoración del entorno que sostiene al hombre.

#### ETNOBIOLOGÍA HISTÓRICA

¿En dónde y con quiénes empieza la etnobiología? Basados en registros fósiles sólo es posible dibujar posibles escenarios y situar en ellos a sus homínidos inherentes. En este segundo gran conflicto conceptual, identificar al hombre más antiguo, tal vez señalar a los homínidos sea una salida elegante al problema. Buen referente para ver a los precursores del linaje humano es aquel rasgo esencial y peculiar que existe en el extremo arcaico de su línea genealógica: el bipedismo.

Somos primates, y una criatura bípeda de este grupo puede ser buen candidato para estar entre los primeros homínidos. Éstos, dice Meave Leakey<sup>9</sup>, "son animales del árbol genealógico humano, el que se forma con nosotros y todos nuestros antepasados desde que nos separamos de los simios". El registro del posible primer homínido, un fragmento de mandíbula con un diente, tiene una edad de 5.6 millones de años y fue desenterrado en Lothagam, sur de la cuenca del lago Turkana, Kenia, África oriental. Unos 50 kilómetros más al sur, en Kanapoi, un ejemplar de 4.1 millones de años, y en Allia Bay, este de la cuenca, una presumible nueva especie, de 4 millones de años. Los tres corresponden a criaturas simiescas que caminaron erguidas.

Otros registros son de dantianos y congéneres, los *Australopithecus* o "simios del sur". El más antiguo de la estirpe, 4 millones de años, es *Australopithecus anamensis*, casi la edad de *Australopithecus bahrelghazali*. Luego, una hembra, procedente de Hadar, Etiopía, se llamó sólo Lucy, pero Donald Johanson<sup>8</sup>, quien la descubrió, clasificó su especie como *Australopithecus afarensis* y la fechó en 3.9 a 3 millones de años. El famoso *Australopithecus africanus* de Raymond Dart vivió de 3 a 2.3 millones de años atrás. Los registros sitúan a *Australopithecus aethiopicus* en 2.6 a 2.2 millones de años, dentro del mismo lapso a *Australopithecus boisei* (2.6 y 1 millones) y en seguida al otro conocido dantiano, *Australopithecus robustus*, entre 2 y 1.2 millones<sup>6</sup>.

Y paralelamente hace su aparición el primer "hombre". Aparece el género *Homo*, nuestro familiar directo, contemporáneo de los dantianos y sus familiares cercanos. El nuevo linaje quizás derivó del simiesco *Australopithecus* hará unos 2.5 millones de años<sup>7</sup>, aunque no significó la transformación de uno en otro. Se puede ver que el nuevo *Homo* tuvo la oportunidad de convivir con *A. africanus*, *A. aethiopicus*, *A. boisei* y *A. robustus*. En la línea del "hombre", el más antiguo conocido es el africano bautizado como *Homo erectus*. Luego aparecen *Homo heidelbergensis*, *Homo neandertalensis* y *Homo sapiens* (nosotros).

A juzgar por su dentición, los australopitecos y los homínidos más antiguos se alimentaron de vegetales. Probablemente de follaje tierno, raíces y frutos. Los patrones de desgaste de sus dientes son semejantes a los de los primates herbívoros actuales. Quizá

también se iniciaron en el consumo de carroña, y ello lo hizo interactuar con otros depredadores no simianos. En todo caso, ingesta calórica baja, dependencia a sus plantas conocidas y lucha con depredadores sin duda los mantuvo como grupos sociales poco móviles.

Los *Homo* fueron diferentes. Si bien continuaron y perfeccionaron los hábitos carroñeros, hasta llevarlos al canibalismo, también desarrollaron marcada predilección por la carne fresca. Con nueva dieta, rica en calorías y en proteína animal, su movilidad y fuerza se elevaron considerablemente. Cazaron presas formidables, aunque para lograrlo debieron confeccionar armas apropiadas. El acecho requirió tanta coordinación que un lenguaje lógico fue necesario. Copar animales necesitó estrategias efectivas, como el acorralamiento contra paredones, pantanos o cuerpos de agua.

La ascendencia humana pasó de comedora de hierbas a carroñera y luego a carnívora. Sus hábitos evolucionaron de cosechadores a depredadores, a cazadores y cazadores-recolectores, después a agricultores. Sus grupos pasaron de muy pequeños, tal vez de una o pocas familias, a lo mejor un harén simplemente, a clanes grandes cada vez más coherentes y organizados. Pasó de conductas cuasi espontáneas a comportamientos sumamente elaborados.

Si no podemos aquí hablar de pautas culturales en tales comportamientos, surgidos de la relación homínido-ambiente, tendríamos derecho a dudar de la validez de términos posteriores tales como "cultura de guijarros" (Pleistoceno inferior), "cultura

de lascas" (Pleistoceno medio a superior), o las conocidas "Cultura Clactoniense", "Cultura Abbevillense", "Cultura Achelense", "Cultura Musteriense", "Cultura Magdaleniense", por mencionar solo algunas<sup>12</sup>.

### ETNOBIOLOGÍA, HOY

Dejamos un hiato cronológico de unos 20,000 años, desde el post-glaciar de Würm, nuestra última referencia en el relato, hasta hoy. Y nos ubicamos en Guatemala. ¿Qué detalles etnobiológicos aparecen ligados a nuestras pautas culturales?

#### La domesticación de linajes silvestres

Desde hace mucho se sabe que Guatemala es el corazón de uno de ocho centros primarios mundiales de diversificación de plantas<sup>12</sup>. Sus ecosistemas han sido laboratorios en los que la selección natural ha producido una considerable cantidad de variedades silvestres, que en algún momento antiguos pobladores tomaron, mejoraron y ahora aprovechamos. ¿Casos tomados al azar?: la variedad indurata del maíz (*Zea mays*), diversos frijoles (*Phaseolus*), calabazas y congéneres (*Cucurbita*), güisquiles y similares (*Sechium*), chiles (*Capsicum*). El cultivo actual define ciertas pautas culturales de los guatemaltecos contemporáneos.

Dentro de lo asombroso está que en estos germoplasmas todavía se pueden identificar poblaciones primitivas, poblaciones avanzadas, poblaciones silvestres y parientes silvestres. Las primeras son las variedades de una especie domesticada, que los humanos han seleccionado y mantenido

bajo utilización tradicional, sin haber sido nunca sometida a programas de mejoramiento genético. Ahí están los amarantos, los chiles, las pacayas, caimitos, acerolas, frijol, pimienta, zapotes, cacao y quequesques.

Son poblaciones avanzadas las variedades que resultan de hibridaciones o mutaciones inducidas. Las poblaciones silvestres son variedades que descienden directamente de los tipos ancestrales que dieron origen a las líneas domesticadas. A esta categoría pertenecen los nances, pitahayas, aguacates, cerezas, jocotes, chipilines, loroco, miltomate, algunos frijoles y el peculiar pericón.

Y hay parientes silvestres, especies que pertenecen al mismo género o a géneros afines al de determinadas especies domesticadas, con las cuales aún pueden cruzarse y producir híbridos fértiles, varias líneas de frijoles y ancestros del maíz.

Todos estos linajes, que forman parte de un patrimonio único, son patrimonio natural en cuanto seres vivos, pero patrimonio cultural en cuanto que están incorporados a las costumbres, tradiciones, conductas y comportamientos de los grupos humanos guatemaltecos.

#### La culinaria

La cocina verdaderamente guatemalteca tiene visos de prodigio. Identifica a este pueblo con un patrón cultural único y se basa en el aprovechamiento de variedades surgidas en sus ecosistemas. Buenos ejemplos son los populares platos de ejotes en iguashte, chilaquiles de güisquil, pacayas

y ejotes envueltos en huevo, chirmoles de miltomate, sopa de quilete, bledos sudaditos, ichintal cocido, güicoyitos, tamalitos de chipilín, tamalitos de loroco, elotes cocidos, chiles rellenos, dulces de chilacayote, refresco de chilacayote, ayotes en miel, etc. Sin ir muy lejos: un delicioso plato de frijoles con chile, acompañado de tortillas recién salidas del comal. Tiene de especial esta cocina el hecho de estar basada totalmente en linajes vegetales nacidos agrestes en los campos de la patria, domesticados algunos otros no.

Tan delicados son estos germoplasmas que muchos, como el humilde güisquil, diversifican increíblemente sus variedades y sus aplicaciones gastronómicas. Cualquier variedad de la especie, identificada como *Sechium edule*, tiene la virtud de lograr portentos en la cocina. Los frutos pueden ser consumidos en ensaladas, en sopas, simplemente cocidos, hechos postre ("chancletas"). O son parte de la dieta cotidiana o son seleccionados para ocasiones especiales, como los exclusivos "güisquiles cocidos del Día de los Santos". Los brotes de la planta, coloquialmente llamados "puntas de güisquil", se cuecen mezclados con huevo, solos o incorporados a "frijolitos parados"; de cualquier manera son una delicia al paladar. Y la raíz, el suculento ichintal, dispone también de infinidad de formas de preparación.

Los ejotes en iguashte componen una comida en la que los primeros son frutos tiernos de frijol (*Phaseolus*) y el segundo un menjurje a base de semillas de ayote, miltomate, chile zambo, tomate y otros, respectivamente de los géneros botánicos *Cucurbita*, *Physalis*, *Capsicum* y

*Lycopersicum*). En un caso diferente, el de los chiles rellenos, éstos representan a variedades de fruto grande del género *Capsicum*. En tanto, se llama pacayas a las inflorescencias tiernas de las palmas *Chamaedorea tepejilote* y otras, el mismo género que contiene especies muy apreciadas por su valor ornamental, como *Chamaedorea elegans*.

Parte de tan asombrosa gastronomía va de la mano con otras expresiones de la cultura guatemalteca. En el Día de los Santos (1° de noviembre) no faltan los güisquiles y elotes cocidos, así como el dulce de ayote. Ceremoniales, no comó los que se comen todos los días. En Semana Santa hay una solemne manifestación costumbrera en la captura, secado, comercialización y preparación del pescado en una vianda igualmente ceremonial. Y no se diga de la fijación cultural del tamal navideño, aquel platillo que se moldea con masa de maíz, que se condimenta con tomate, chile pimiento y achiote, y que finalmente se empaca en hojas de mashán o de plátano. Tan guatemaltecas, estas especies (*Zea mayz*, *Lycopersicum aesculentum*, *Capsicum annuum*, *Bixa orellana*) hacen aún más guatemalteco al fragante tamal.

Algo maravilloso de esto es que algunas de tan particulares variedades (algunos les llaman germoplasmas)... ¡todavía son linajes silvestres\_. Todavía tenemos cultura de recolectores cuando acopiamos miltomates, lorocos, chipilines, quiletes, bledos. Así lo hacemos con frutos tales como zapotes (*Manilkara*), caimitos (*Crysophylon*), nances (*Byrsonima*), chicos (*Achras*), cerezas (*Prunus*) y muchísimos otros. Repárese en que todas las especies

ombradas son tan guatemaltecas como nosotros mismos. Para hacer énfasis en tantas maravillas, sépase que algunas especies, como en el caso del maíz, disponen el lugar preeminente en la cultura material (el cultivo es toda una ceremonia y la culinaria una identidad), cultura social (lenguaje, fiestas y ceremonias, como es el caso en el baile de Paach) y cultura espiritual (en mitos y leyendas, rituales religiosos, lanzas y creencias, entre las últimas lo relativo a su origen divino)<sup>3</sup>.

### Las artesanías

Hay artesanías de artesanías. Una incommensurable riqueza imposible de tratar aquí. Hay deliciosas labores en arcilla, piedra, madera, cuero, raíces, tallos frutos, en textiles y en productos metálicos. En coral muerto, en valvas de moluscos, en conchas de caracol, en carapachos de tortugas, en cuanto objeto se ponga al alcance de la imaginación e inventiva del guatemalteco. Si nos detuviéramos a verlas detenidamente, una en una, llegaríamos a comprobar que ninguna escapa a la espléndida relación etnobiológica.

La "artesanía del nije", de Rabinal, según lo contó el 28 de abril de 1989 don Alberto Pérez Hernández (n. 07/0871961), se basa en la transformación de frutos de morro o le jícara (*Crecentia alata* y *Crecentia ujete*), despojados de cutícula mediante abrasión con hojas de "chaparro" (*Curatella americana*). En ese estado ya pueden ser profundamente ahumados con rajas de ocote (*Pinus oocarpa*) ardiendo. Después, recibido el preciado baño de barniz de nije, que se obtiene por un proceso ancestral a partir de la cochinita nijera (*Laveilla nije*)

que vive como hospedera de plantas de piñón (*Jatropha curcas*), se encuentran listos para ser decorados y convertidos en sonajas, cuencos o alcancías. El proceso es responsabilidad de un equipo de artesanos y cada etapa es un bello modelo de interacción etnobiológica.

En otro espacio, ahora en Sololá, los nahualeños, que viven junto a fragantes bosques de pino, entre muchas pautas de conducta social vigorizaron una en especial que depende de su relación con el bosque. En algún momento aprendieron a trabajar con gusto propio la madera de pino blanco (*Pinus ayacahuite* fundamentalmente, una de las especies dominantes en el ecosistema). Con diseño exclusivo, tanto en la estructura como en el labrado que les imprimen, dieron origen a los famosos "Muebles de Nahualá". Son su sello distintivo, su orgullo e identidad, nacidos como objetos utilitarios y, actualmente suntuarios, se hallan en todo el país.

### Las danzas tradicionales

Puesto que no podemos hablar de danzas tradicionales sin mencionar a sus más preclaros investigadores, recordemos con alguno de ellos que en el etnodrama lúdico del palo volador hay "rituales relacionados con la escogencia del árbol que servirá como palo del volador, su corte y preparación, su traída a la población...", así como el que diversas especies de pinos sean las usadas según áreas geográficas particulares<sup>4</sup>.

En el Baile de los Negritos de Panajachel, según García Escobar una danza basada en temática criolla<sup>5</sup>, los personajes que hacen el papel de mozos (los negritos) suelen

portar una inimaginable variedad de animales silvestres disecados: culebras, zorrillos, zarigüeyas, comadrejas, zorras, coyotes. No es claro su significado en el contexto danzario, lo cual no evita que tal cuestión evidencie otra forma de incorporar la Naturaleza al rito-espectáculo.

Ante la imposibilidad de referirnos a más danzas, y puesto que el objetivo primario de estos apuntes es ver hacia sus relaciones etnobiológicas como las hemos manejado aquí, pensemos en algunas secciones de la utilería propia: máscaras, chinchines, sonajas y plumas. Las primeras, pero aquellas que se hacen de madera, resultan obras maestras de la talla y del sentido estético. Y puesto que su elemento primo es ese noble material que procede de troncos de árboles, volvamos hacia ellos.

Se les encuentra con maderas de pino, de cedro y de estoraque principalmente. Los talleres mascareros suelen estar en el área montañosa de Guatemala, en donde los pinos abundan. Son cuando menos 20 formas biológicas, pero las especies más comunes en la franja 1,600 a 2,400 metros son *Pinus maximinoi*, *Pinus montezuma* y *Pinus oocarpa*; *Pinus ayacahuite* también resulta accesible. Es la franja más poblada por humanos en las montañas, así que son parte de las especies usadas. Como el cedro también es la forma de montaña, probablemente sea *Cedrela mexicana* (pero si la madera ha sido transportada desde zonas bajas puede ser *Cedrela odorata*).

Las más exquisitas máscaras se hacen con madera de árboles de estoraque (el género botánico *Bursera*). Así las hacía el maestro mascarero don Pascual Pérez en Joyabaj,

Quiché. Esta bursera es la misma que produce resinas aromáticas, que nos llevan a otra dimensión etnobiológica. El pon, estoraque o incienso que se ata a expresiones religiosas, mágicas o ceremoniales.

También hay máscaras de palo de pito (varias especies del género *Erythrina*), el mismo árbol de los "frijolitos rojos" que es llamado "tzité". Estos árboles nos llevan a más laberintos etnobiológicos, porque es un elemento sagrado en el panteón maya quiché como se describe en el Popol Vuh; porque las flores, como rojos "machetillos", son parte de la culinaria tradicional guatemalteca; porque se usan como cercas vivas, y porque los niños juegan con sus semillas.

Se usan con frecuencia chinchines y sonajas de hojalata, pero nos interesan aquellos que son hechos con frutos de morro o de jicara. Las especies son *Crecentia alata* y *Crecentia cujete*, ambas de ecosistemas secos y áridos. Antiguamente se laqueaban con nije, ahora se pintan con pintura comercial de aceite. Los laqueados son un portento etnobiológico. Las plumas más preciadas fueron las de aves silvestres, en particular de guacamayas (*Ara macao*) por su tamaño y colorido. Ahora generalmente son de aves de corral (gallos, chompipes, pavoreales).

### La arquitectura

Nos referimos a la arquitectura vernácula. Aquella que busca en el bosque vecino los materiales que dan carácter propio a sus construcciones (decir "materiales que dan carácter propio" tiene una connotación muy diferente a la de decir "materiales apropiados"). En Punta de Manabique, en

el litoral caribeño, el autor determinó que tal arquitectura acude al uso de materiales de su ecosistema inmediato (un pantano costero de palma), como los siguientes.

Para los horcones: barillo (*Symphonia globulifera*), San Juan (*Vochysia hondurensis*), Santa María (*Calophyllum brasiliense*), malagueta (*Xilopia frutescens*), Jobo (*Spondias mombim*), Caribe (*Poulsenia armata*), barbejolote (*Pithecelobium arboreum*), icaco (*Chrysobalanus icaco*), zapotón (*Pachira aquatica*), Guatatú (*Inga* no determinada) y guastamajaine (?).

Pueden usarse en las piezas menores llamadas vigas, calzontes, cintas, corazoneras, culatas, costillas, refuerzos, "pie de amigo" y "patas de gallo", los tallos o ramas de barillo, malagueta, icaco, Santa María, caribe y guastamajaine.

En el importante "carga zacate": icaco y caña de casa (*Gynerium sagittatum*)

En los forros puede haber: caña de casa, madera tablar exótica al sistema (de pinos guatemaltecos en todo caso), ocasionalmente también quiaviche (*Trichospermum* sp.)

Techos: hoja de palma de confra (*Manicaria saccifera*) o manaca (*Orbygnia cohune*), la segunda se prefiere de la comunidad de Máquina hacia el este.

Las construcciones así levantadas imprimen un sello único al ambiente. Típicas en el mejor sentido de la palabra, tradicionales, inconfundibles, distintivas. Son aquellos diseños del paisaje que no tienen que verse

con la morbosa expectación del turista acaudalado ávido de volver los ojos a lo rural tercermundista; antes bien, deben apreciarse y valorizarse en función de las relaciones etnobiológicas que han definido expresiones culturales igualmente únicas.

Mucho más allá, en el extremo opuesto, en una zona donde se extienden los campos bañados en neblina de la cumbre de Los Cuchumatanes, las casas se techan con láminas de madera de abeto (*Abies guatemalensis*), llamadas "tejamanil". Aun los refugios y los corrales para las ovejas consumen madera de abeto. Un tesoro, una madera obtenida de un árbol fragante, venerado, escaso y hasta en peligro de extinción. Es el mismo abeto que se lleva a algunas casas entre otoño e invierno como "Arbolito de Navidad".

Antes más que ahora, ranchos de otras regiones del altiplano occidental se levantaban con bajareque y se techaban con "paja", un nombre genérico para señalar coloquialmente a varias gramas del género *Muhlenbergia*. Estas gramas, antes de cosecharlas denominadas "pajonales", fueron un detalle preeminente de las praderas subalpinas de las altas cumbres, en donde reinan los aires gélidos, la niebla, los gritos de las sharas y la pureza atmosférica. Desaparecidos los pajonales por el empuje de los campos agrícolas y agotada la fuente de paja, los ranchos de paja se quedaron en las estampas fotográficas.

¿Y las casas, muelles, cercos y otros detalles arquitectónicos del litoral del Océano Pacífico, en donde es el mangle el material rey? ¿Y la arquitectura de Las Verapaces? Bajo la óptica etnobiológica parece ser más

sencillo evaluar arquitecturas vernáculas regionales, resulta enriquecedor descubrir las relaciones con la Naturaleza y darle un valor distinto a la apreciación de un entorno social particular.

#### Los mercados al aire libre

Los mercados populares, esos conglomerados sociales en los que se hacen cotidianas transacciones, en donde se establecen increíbles flujos de comunicaciones comunitarias, donde los pueblos convergen para satisfacer algunas de sus atávicas identificaciones culturales, con sus jerarquías y normativas no escritas, esos espacios tan bien conocidos desde la perspectiva antropológica ¿representan algo desde la óptica etnobiológica? Pues sí, verdaderamente.

Son, si se les puede identificar así, los mayores centros de acopio de los linajes nativos silvestres más o menos domesticados. ¿Güisquiles? Por supuesto: grandes, medianos o chicos, verdes, amarillentos o blancos, aguanosos o secos, espinudos o lisos, espinas punzantes o blandas, alargados, redondeados o piriformes, con cicatrices epidérmicas o sin ellas, tipo perulero o no... y todas las posibles combinaciones para representar a la especie *Sechium edule*.

Junto a ellos, impresionantes cantidades de variedades de *Cap-sicum annum* y de *Cap-sicum frutescens*: chile chocolate, zambo, pimiento, serrano, chamborote, siete caldos, trompa de burro, guaque, jalapeño, pasa, morrón, habanero, chiltepe, diente de chucho, pico de gorrión, muchas veces dispuestos uno a la par de los otros, como si estuvieran expuestos para ser admirados y

estudiados más que comprados. Y junto a ellos una casi infinita gama de frijoles (*Phaseolus lun-natus* y otros), negros, blancos, colorados, de suelo, de vara, piloyes y varios etcéteras más.

Sin descartar que por doquier halla canastos rebosantes de bledos, quiletes, chipilines, lorocos, jocotes, nances, cerezas, caimitos, chicos, zapotes. Es decir, los germoplasmas del país amalgamados junto a la gente del país.

#### EPÍLOGO

Frente a la elevada especialización de las ciencias y de los científicos, el surgimiento de disciplinas que tratan de las interfaces llega a requerir de una atención particular. Si antes dijimos que la interdisciplinariedad era deseable para el estudio y tratamiento de las relaciones entre los bienes de la Naturaleza y el hombre, es probable que estudiosos de aquellas interfases puedan llenar espacios novedosos que persisten en estas materias bajo las perspectivas de las ciencias clásicas. En este contexto la interdisciplinariedad no es sólo metodológica, sino principalmente conceptual.

Estamos seguros que una de las disciplinas que cumple con los requerimientos necesarios para ser considerada de interfase es la etnobiología: trata con patrimonios naturales que son a la vez patrimonios culturales. Indivisibles como tales, se proveen de mutua definición. Su estudio se basa en las relaciones que el hombre crea con la Naturaleza, y a partir de dicha plataforma surge una infinita gama de objetos dignos de la mayor consideración.

En Guatemala, una nación pluricultural por definición, los hechos etnobiológicos se hallan por todos lados, en la mayor parte de las expresiones culturales de sus diversos pueblos. Existe tal riqueza y potencial de estudios ahí que uno no puede menos que sorprenderse de que su temática permanezca literalmente virgen, con pocos científicos dedicados a ellos. Pensamos que el descubrimiento de las relaciones que unen al guatemalteco con su propia Naturaleza puede rendir enormes beneficios para la sociedad y para el ambiente ecológico. Enfatizamos, el alma del asunto son las relaciones cultura-Naturaleza, puesto que por aparte a la cultura tanto como a la Naturaleza se le ha dedicado generoso tiempo y esfuerzos.



#### LITERATURA CITADA

1. BUKASOV, S.M. 1981. Las plantas cultivadas de México, Guatemala y Colombia. Trad. de la ed. inglesa por J. León. Centro Agronómico Tropical de Investigación y Enseñanza (CATIE), Progr. Recursos Genéticos CATIE/GTZ, Turrialba, C.R.
2. CATIE/GTZ. 1979. Los recursos genéticos de las plantas cultivadas de América Central. Centro Agronóm. Trop. de Invest. y-Enseñanza (CATIE), Progr. Recursos Genéticos CATIE/GTZ, Turrialba, C.R.
3. DÉLEON MELÉNDEZ, O.C. 1989. El maíz en la cultura popular de Guatemala. En: Centro de Estudios Folklóricos, Tradiciones de Guatemala, 32:9-17.
4. GARCÍA ESCOBAR, C.R. 1989. El palo volador. En: Centro de Estudios Folklóricos, Tradiciones de Guatemala, 32:127-140.
5. GARCÍA ESCOBAR, C.R. 1999. Atlas danzario de Guatemala; selección de textos. En: Centro de Estudios Folklóricos, Tradiciones de Guatemala, 52:87-138.
6. GORE, R. 2002. Primeros pasos. National Geographic en español, edición especial. p38-65.
7. GORE, R. 2002. Mundos en expansión. National Geographic en español, edición especial. p66-91.
8. JOHANSON, D.C. 2002. Cara a cara con la familia de Lucy. National Geographic en español, edición especial. p16-37.
9. LEAKEY, M. 2002. El horizonte más lejano. National Geographic en español, edición especial. p2-15.
10. LETONA, A. L., S. MORENO y M. CAXAJ. 1999. Acercamiento simbólico: la máscara en la danza del área k'aqchikel. En: Centro de Estudios Folklóricos, Tradiciones de Guatemala, 52:179-236.
11. LEVIS-STRAUSS, C. 1952. Raza y Cultura. Ediciones UNESCO, París.
12. WENDT, H. 1976. Del mono al hombre. Trad. H. Dauer, P. Giral y Ma. T. Segur. Bruquera, Barcelona. 288p. Ilust.